

EL DILUVIO

JOE



El testamento del Año *

— Toma, hijo mio, y no olvides que á grandes males, grandes remedios.

Por sobra de cortesía

No todos se parecen á Unamuno. El docto vizcaíno dice las cosas claras y su gusto por las paradojas le mueve á veces á exagerar la realidad, dándole un aspecto sombrío y casi trágico. Unamuno no cree en nada. Su triste misticismo, que le induce á dudar de la Meteorología, le hizo ver en esta ciudad de espléndidas fachadas algo así como una segunda patria del héroe más famoso de Caudet y un país de vagos ensueños comerciales.

Pero los demás—profesores rusos, turistas alemanes, viajeros célebres, políticos, tenores y bailarinas—, todos los demás pecan por falta de sinceridad y exceso de lisonja. A creerles, sería esta urbe la más hermosa del sistema solar y la población más culta, artística y limpia de Europa.

No hace mucho tiempo tuve ocasión de convencerme de esta excesiva indulgencia con que no tratan los extranjeros y aun los de casa. Desde entonces dudo de mí mismo y concedo á mis ojos el escaso crédito que se merecen.

Véase, sino, lo ocurrido, que relato] sin añadir ni quitar tilde.

El profesor Ferri, [de Brescia—homónimo del célebre diputado socialista—, vino á esta ciudad

La medalla de las fiestas



Modelada por Eusebio Arnau.

para estudiar los monumentos, las mujeres, el alcalde y todo lo que no tiene interés para las gentes estudiosas de la ideal Italia. Acompañábale Pinilla, que habla el italiano como una vaca asturiana.

Mientras viene el suspirado maestro de ceremonias, que no entenderá ningún idioma, Pinilla es un gran intérprete municipal de la sabiduría extranjera. Obsesivo y civil, tiene todas las amabilidades del revolucionario artista, para quien el silbido de las balas es una música puramente salvaje.

Al lado de Ferri, de Brescia, ostentábase también, inútil y decorativo como siempre, Borrell, el Sol de nuestros ediles.

La tarde era incomparablemente bella y cualquiera que no hubiese sido Pinilla habría comprendido perfectamente el idioma del Petrarca.

Borrell y los dos altos personajes caminaban en silencio. Al cruzar la plaza de Cataluña, que Unamuno calificó justamente

La profecía del Año



No os alegréis de mi muerte, porque según costumbre, el que me sucede será peor.

La medalla de las fiestas



Acuñada por Desiderio Rodríguez.

tas muy notables y muchas preciosas. Si alguna vez me pierdo, ha de ser entre estas muchachas. Barcelona es soberbia, caro Pinilla.

—Sin los catalanistas, sería la primera capital moderna.

—¡Por Hércules! Hasta los catalanistas me parecen bellos.

—Lo mejor—aventuró tímidamente Borrell—, lo más atractivo de la ciudad, es el monumento á Clavé. París tiene su obelisco y Barcelona se enorgullece con el gran monolito de la calle de Valencia. Hay allí una lira... ¡Qué lira!

—Vamos andando.

El profesor Ferri es un sabio cortés y discreto. El que ha viajado es ecuanime y dulce. Sabe perfectamente transigir con un monumento.

Sin embargo, el profesor Ferri no pudo contener una mueca frente al horrible monolito que basta para deshonrar á doscientas ciudades y que únicamente es admirado por Sanllehy y las Sociedades euterpenses.

—¡Es una catástrofe!

Brotó de sus labios, impensadamente, la exclamación funesta.

De improviso se sonrió.

—Es lo más hermoso que

de encrucijada, el profesor Ferri lanzó un suspiro en lengua italiana.

—Siguieron avanzando. El que ve en la rambla de Cataluña el monumento elevado á Güeli se siente el más feliz de los mortales. La obra de arte, armoniosa y pura, tiene algo de dolmen severo y recuerda al mismo tiempo las primitivas construcciones de los yakutos, cuando esta raza no había llegado aún á las degeneraciones del sentido arquitectónico.

—En pocas palabras Ferri trazó el elogio de la estatua y del personaje en ésta representado.

—Vedle. No hizo nada y está esculpido en piedra. Usted, caballero Pinilla, que es un orador y un hombre, no tiene un zócalo miserable donde ofrecerse á la espectación de los republicanos. Y el amigo Borrell, digno de figurar en un Museo secreto, aguarda todavía la expresión de la gratitud patria. Pero el monumento es hermosísimo, como toda la ciudad, que encierra cocineros inteligentes, artis-

he visto en mi vida. La ciudad fecunda y noble puede envanecerse con esa estatua y esas liras. ¡Prodigioso! En Roma y en Berlin no hay nada parecido. Barcelona, la antigua Favencia, no tiene rival en el mundo... ¿A qué teatro iremos esta noche? ¡Ah, Borrell *carissime!* ¿Qué escultor su-

La caja de las sorpresas



Los que no tienen padrinos esperan la apertura temblando; los que tienen buenas agarraderas ni esperan ni temen.

blime ha podido concebir esa obra? ¿Es algún pa-
riente de Lerroux?

Pinilla reventaba de orgullo.

Pero Borrell se inclinó, con su aire hipócrita y
modesto. Colorado como un gorro frigio, se atre-
vió á soltar la gran palabra:

—Ese escultor... soy yo.

ENGELIER.

Cuento de Año Nuevo

Cuentan inéditas historias que en Oriente y en
época muy lejana de la nuestra hubo un rey tan
afortunado en el gobierno del inmenso territorio
que por herencia de sus antepasados poseía, co-
mo desgraciado en su hogar.

No había en todo el Oriente terrenos más férti-
les que los de su reino, ni escuadras más podero-
sas que las suyas, ni otro ejército como el suyo,
tan disciplinado y aguerrido, por todo lo cual era
de todos los soberanos de aquella época el más
justamente temido y envidiado. En cambio, como
padre, el último de sus vasallos era mucho más
feliz que é.

Uno tras otro habíale arrebatado la muerte los
seis hijos que tenía, y con ellos todos sus amores,
ilusiones y esperanzas. En vano el pobre rey ha-
bía hecho venir de los más remotos confines de la
tierra los médicos y curanderos más afamados; en

vano había el infeliz rogado á los dioses por la
vida de sus tiernos vástagos; en vano sus vasa-
llos, que le querían como á un padre, habían im-
petrado para él los favores del cielo; cada año se
le moría un hijo.

Sentíase, pues, el buen rey el sér más desgra-
ciado de la tierra, y á punto estaba ya de poner fin
á sus días cuando llegó hasta él la fama de un
viejo solitario que residía en las cercanías de su
reino y de cuya virtud y sabiduría se hacían len-
guas cuantos le habían conocido y tratado.

Tantos elogios del solitario le hicieron, tantos
prodigios realizados por él le contaron y tanto de-
seaba tener un hijo que alegrara su vida y le su-
cediera en el trono de sus mayores, que á los po-
cos días y acompañado de sus más fieles servido-
res se dirigió á su encuentro.

—Santo anciano—dijo el rey cuando se halló en
presencia del solitario—, tu virtud, según me han
dicho, te ha hecho predilecto de los dioses; ¿pue-
des concederme un favor que hasta ahora el cielo
me ha negado?

—¿Cuál?—dijo el anciano, levantando un poco
la caída cabeza.

—Que el nuevo año en que vamos á entrar sea
para mí menos cruel que los anteriores. Que el
cielo me otorgue otro hijo y que viva largos años.

—Concedido—contestó el solitario, dejando
caer de nuevo sobre el pecho la nevada cabeza.

La promesa del anciano se cumplió y al nacer el
nuevo vástago el rey creyó volverse loco de ale-
gría.

—¡Ahora sí que no envidio á nadie! ¡Esto es vi-
vir!—gritaba el buen rey,
besuqueando al pequeño
infante, que, ya al nacer,
mostraba mayor robustez
que los anteriores.

Pero aconteció que, al
mismo tiempo que nacía
el deseado hijo, una pla-
ga desconocida comenzó
á atacar todos los campos
del reino, siendo inútiles
cuantos esfuerzos se hi-
cieron y cuantos remedios
se intentaron para con-
trarrestarla. Todas las co-
sechas se perdieron.

En esto se acercaba el
día de Año Nuevo, y el
rey, acordándose del san-
to anciano, decidió visi-
tarle otra vez.

—Santo anciano—ex-
clamó al hallarse en su
presencia—, vengo á pe-
dirte, no ya un favor, ni
un don, sino muchos á la
véz: que el año nuevo sea
para mí una nueva vida;
que no me hiera, como en
este, el dolor de ver á mi
pueblo sumido en la mi-
seria, ni sufra, como en
los anteriores, nuevas
desgracias de familia. Que
cese este sufrir continuo:
año nuevo, vida nueva.

El anciano levantó has-
ta el rey sus apagados
ojos.

—¡Desgraciado!—mur-
muró—; no sabes lo que pi-
des. Sólo en la muerte



Este año ha hecho su aparición antes de tiempo, para regocijo de los chicos.

El último mono



Así paga el Vaticano á quien le sirve.



Los viejos gastados que se van á ir á paseo al mismo tiempo.

encontrarás lo que deseas. El Placer y el Dolor caminan juntos en la vida. El uno es ilusión que nos impele; el otro es realidad que nos detiene. La vida, hijo mío, es el Dolor.

Desde entonces el rey hizo como los demás mortales: se resignó con su suerte; pero, además, la muerte no le causó miedo, como nos lo causa á nosotros; comprendió que sólo ella encierra en su misterio la nueva, la verdadera vida.

CARLOS JORDANA.

Los misterios del Ayuntamiento

La Prensa noticiera, esa entrometida comadre que tiene cien lenguas y lleva gafas ahumadas, ha dado repetidos golpes á la noticia usando el cliché de las solemnidades misteriosas:

«Son muy comentadas ciertas reuniones de concejales que se celebran en el Ayuntamiento, bajo la presidencia del alcalde, y en las que, según parece, se tratan asuntos de gran trascendencia acerca de los cuales se guarda impenetrable reserva.»

El suelto ha caído como un bólido sobre las cabezas de muchos empleados municipales. Todos los que sienten dentro de la conciencia el roedor de algún mal pecadillo oficinesco ó tienen el miedo de que se les descubra alguna irregularidad están estos días mustios y cariacontecidos por la preocupación que les devora.

Olfatean, indagan, inquietan, y la reserva con que aparecen rodeadas las misteriosas reuniones aumenta su pánico.

En los pasillos de las Casas Consistoriales, que un irreverente acuerdo convirtió en Galería de catalanes ilustres y la costumbre en mentidero, donde empleados de alta y baja estofa entretienen sus ocios entregados á la dulce murmuración, no se habla más que de las reuniones.

—Ayer duró tres horas— dice uno.

—Anteayer más de cuatro— añade otro.

—Y se reúnen todos los días— agrega un alguacil.

De pronto el grupo se disuelve y Sanllehy aparece placentero y atraviesa rápido el pasillo, dejando escuchar su característico sonido de bicicleta y saturando el viciado ambiente con el perfumado vaho de violeta que se desprende de su cuerpo.

Los empleados saludan respetuosos, huelen y siguen con la vista al señor alcalde hasta que entra en el saloncito del Negociado de Gobernación, que es donde se celebran las reuniones.

Entonces aquellos hijos predilectos del Común vuelven á reanudar sus cábalas, asando á preguntas á los periodistas y hasta á los concejales de poco pelo que aciertan á pasar por allí.

¿De qué se tratará? ¿Qué será? ¿Consumos? ¿Guardia municipal? ¿Aumento de sueldos?...

¡Ah! Nadie puede satisfacer su justificada curiosidad. ¿Qué más quisieran los *reporters* y hasta los concejales de poco pelo que conocer el objeto de aquellas reuniones!

No poco satisfechos quedarían los periodistas si conseguían levantar aunque sólo fuese una punta del velo del misterio y no poco tranquilos algunos concejales á quienes aquel aparato de reservas tiene harto escamados. Porque han de saber los lectores que algún ignorado genio satírico de la Casa Grande ha lanzado una especie muy insidiosa:

—Se trata— ha dicho— de una cuestión que afecta á la honra de algún concejal.

Y, aunque parezca mentira, hay edil que desde entonces no come, ni duerme, ni digiere tranquilo.

—Pero vayamos á cuentas— se oye decir en un corrillo de comentaristas—. ¿Cuántos días hace que se reúnen?

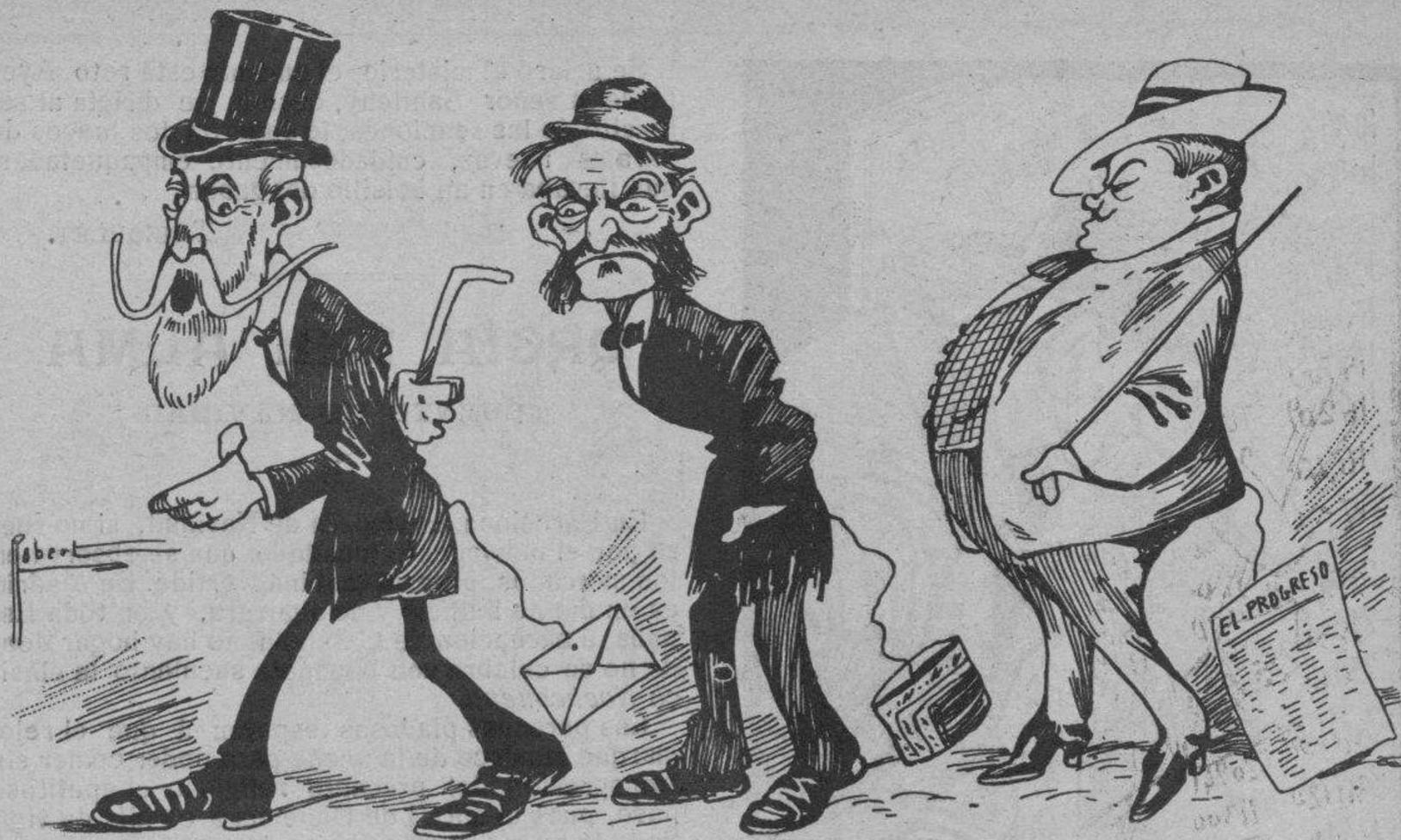
—Lo menos quince— contesta uno que debe estar bien informado. Las reuniones comienzan todas las tardes á la misma hora. Primero entra el alguacil y enciende la estufa y después van llegando los concejales. Cuando ya son cinco ó seis envían recado á Sanllehy, quien lo deja todo y pasa á encerrarse con ellos. Es cuanto yo sé...

—¿Y no va ningún secretario?

—¡No!

—¡Es raro!— añaden dos ó tres.

¡Que la lleven!



Los tres mayores inocentes de este año,

Y un silencio de algunos minutos indica que la cavilación se ha enseñoreado de aquellas cabezas relucientes como bolas por sus espléndidas calvas zapateriles.

Uno, de pronto, se da una fuerte palma da en la frente. Sus compañeros le miran con envidia. Ha tenido una idea que expone, todos aceptan y enseguida la llevan á la práctica.

Se dirigen al portero, que, paciente y silencioso, vela ante la mampara que cierra el local donde las misteriosas reuniones se celebran, con el mismo celo y gravedad con que un fiel eunuco presta guardia junto á la puerta de marfil del haren. Y el portero, que se oye llamar señor Sanchez, sonríe orgulloso al ver la importancia que en aquellos momentos adquiere su figura á los ojos de los empleados.

El señor Sanchez cuenta lo que sabe, que apenas es nada. Se reúnen casi siempre los mismos, terminan bastante tarde. El primero en salir es, generalmente, don Valentin Camp—dice el señor Sanchez.

En el local no dejan ni un papel, ni el menor rastro de las tareas que motivan las reuniones. Las sillas agrupadas alrededor de la mesa y el suelo llero de colillas.

Cuando salen alcalde y concejales hablan poco; el señor Sanchez ha oído solamente decir varias veces á don Valentin:

—¡Qué mala pata, qué mala pata tengo!

Y otra vez oyó decir á Pinilla, que salía con cara de Pascuas:

—Muy bien, muy bien. Me abonaba á sesiones como estas.

También escuchó un día que Marsá se lamentaba y decía en confianza á Altayó:

—Sólo me faltaba á mí, para redondearme, que Sanllehy inventase esta combinación. Me sale á paliza diaria. Valiente ne-

gocio es para mí el ser concejal. ¡Esto sí que es ir por...!

Nada más ha oído el señor Sanchez, y los empleados continúan sin poder descifrar la charada...

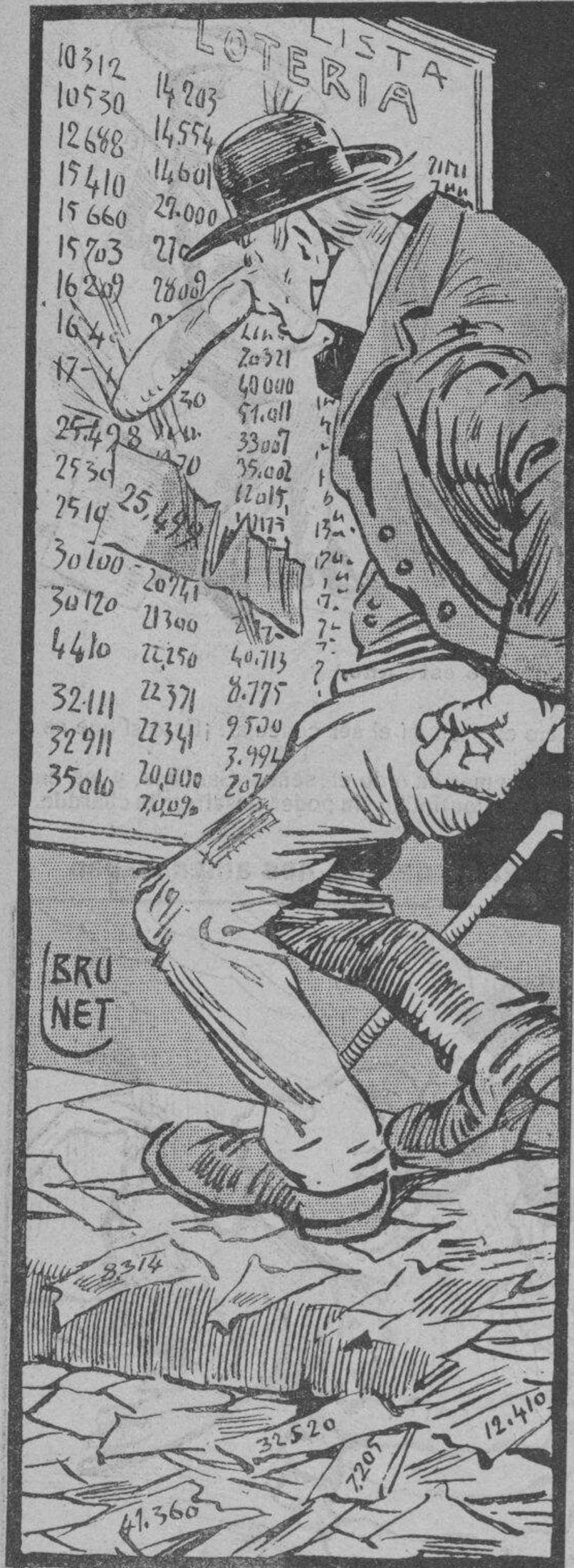
El regalo con que nos amenazaban



—Tome usted este pavo.

—Primero me muero de hambre.

El vicio nacional



El español verdadero
sufre al perder el dinero
el chasco correspondiente...
y confía placentero
en el sorteo siguiente.

¿Qué será? Pero, ¿para qué se reunirán?

Se aclaró el misterio, el encanto está roto. Ayer tarde al señor Sanllehy, cuando se dirigía al saloncito de las reuniones, le cayeron dos juegos de barajas nuevas, cuidadosamente empaquetadas, que llevaba en un bolsillo del gaban.

TRIBOULET.

ORGÍA DEL ALMA

CUENTO DE NAVIDAD

I.

En Barcelona, la víspera de Navidad, si no fuera por el movimiento inusitado que se observa en los mercados, pasaría casi inadvertida. En Madrid es un día de bullicio y de algazara, y en toda España, á excepción de Cataluña, no hay hogar donde no se celebre con banquete succulento la clásica *Nochebuena*.

Las personas piadosas esperan á que el reloj marque las doce de la noche para poder comer sin transgresion del precepto religioso el apetitoso pavo, pues el día 24 de Diciembre es día de vigilia y de ayuno, y no es lícito á los católicos comer de carne y mucho menos promiscuar en una misma comida carne y pescado.

El madrileño no concibe la Nochebuena sin besugo y sin sopa de almendras, y desde muy temprano nótase en los hogares y, sobre todo, en las cocinas bullicioso ir y venir y preparativos de sabrosas viandas que con ojos encandilados contemplan los chicuelos.

Es una fiesta patriarcal, de familia, la tal cena, y á ella van eslabonados tristes y dulces recuerdos de familia que oprimen angustiosos el corazon de todos los que hemos visto desvanecerse la silueta veneranda del hogar paterno.

Por la época á que yo me refiero en este relato tenía yo veintidos años, había terminado mi carrera literaria y gozaba ya del ambicionado privilegio de fumar delante de mis padres.

Terminada la cena, á la cual asistían siempre todos los parientes residentes en Madrid, mi tío, el coronel retirado, me llamó aparte y, dándome un billete de diez duros, me dijo en voz baja:

—Toma, para que esta noche te diviertas con tus amigos.

Loco de alegría, pues jamás me había visto con cincuenta pesetas para *tirarlas*, cogí mi gaban y mi sombrero no tan de prisa que no oyera decir á mi madre, algo amostazada, dirigiéndose á mi tío:

—Tú serás la causa de la perdicion del chico...

II.

Estaba citado con mis amigos en el café Oriental, una tropa bullanguera y alegre, dispuestos aquella noche á dar un escándalo por minuto y á terminar la digestion del pavo en la prevencion.

Era cerca de la una de la madrugada, hacía un frío de todos los diablos, una llovizna fría como la nieve comenzaba á caer cuando yo subía la cuesta de la calle de Leganitos y desembocaba en la plaza de Santo Domingo más alegre que unas pascuas, con la cabeza algo caliente por los licores de los postres y acariciando en el bolsillo de mi chaleco el mugriento papelillo de diez duros.

Al empezar la calle de Preciados, y del hueco de una puerta, salió un débil sonido que sonó así:



P
4

—¿Quiere usted un capon bien cebado?
—¡No, ya estoy harta de capones! O encuentro al fin un gallo ó me voy á casa sin nada.



—Marqués, esa amnistía es una ridiculez. Ustedes no saben lo que es justicia ni lo que es piedad.

—¿Que no sabemos lo que es piedad? ¿Pues de qué vive el Gobierno? Pero como somos tantos la necesitamos toda para nosotros.

—¡Chiss! ¡Chiss!

Me volví. En medio de las sombras descubrí el bulto de una mujer.

Me figuré cuál era la profesion de la que me llamaba y seguí andando. La mujer dió dos pasos tras de mí y gimió:

—¡Por la Virgen, señorito!

Aquel modo extraño de ofrecer la averiada mercadería del amor callejero me sorprendió.

La curiosidad y cierta compasion detuvieron mis pasos; estábamos debajo de un farol.

La mujer era joven, rubia, delgada, bonita y llevaba con cierta elegancia los míseros harapos que cubrían su cuerpo. Una toquilla negra, un verdadero guiñapo, cubría su cabeza, descubriendo, á través de sus mallas, unos cabellos de oro.

—¿Qué quieres?—le pregunté con sequedad.

—Primero un pedazo de pan, despues... lo que usted quiera.

—¿Eres una mendiga?

—No.

—¿Entonces...?

—Tampoco... Pero no tendré más remedio que serlo. No he comido nada desde ayer, señorito.

A mí no me cabía en la cabeza que en Nochebuena hubiera alguien que no hubiese cenado, y, divisando á lo lejos las empañadas vidrieras de un café, le dije:

—Pues ahora vas á cenar. Vamos al café.

—¡Oh, no! Con este traje, y tanta luz, tanta gente... me da vergüenza.

—¿Tienes casa?

—Hoy todavía sí, aunque pobre y mezquina; mañana quizás no.

Llegamos á la plaza del Callao; entré en una pastelería, compré Jerez, jamon en dulce, salch chon y pasteles; salí y le dije:

—Vamos á tu casa.

Entramos por una estrecha calleja de la calle de Jacometrezo, dimos varias vueltas y cerca de la calle de Silva se paró la rubia ante un estrecho portal.

—Aquí es.

Dijo, y abrió la puerta. Subimos una escalera empinadísima; á través de las puertas de los pisos se oían cánticos y risotadas y repicar de panderos. La rubia musitaba:

—¡Si alguien me viera!

Al término de la escalera había una puerta bajita; la abrió y encendió una vela que estaba sobre una mesa y sobre la cual deposité mis paquetes.

La joven se quitó la toquilla y me ofreció asiento en una silla desvencijada. A la luz de la vela, y libre su cabeza de la toquilla, pude observar que era bellísima.

De pronto percibí en un cuchitril cercano el respirar de un sér humano. Ella me comprendió y dijo:

—No se inquiete; es Antoñito, es mi hijo.

Y con los ojos devoraba los paquetes de la pastelería.

Comió y bebió con ansia febril y de todo guardaba la mitad.

—Esto para Antoñito—decía.

—Llegó la hora de las confidencias.

Ella trabajaba en un taller de modista; vivía con su madre y era la más feliz de las mujeres. En el camino de sus floridas ilusiones de mujer guapa se atra-

vesó un día el asqueroso reptil del seductor de oficio. Hubo lucha, sugestion, caída, deshonor, y luego abandono. Una historia muy vulgar y muy repetida, pero no por eso menos terrible y dolorosa.

—A los dos meses de nacer Antoñito mi madre murió abrumada por la vergüenza. No tuve valor para volver al taller; las risas y miradas oblicuas de mis compañeras me mordían el corazón. Trabajé sola y en mi casa; pero la labor huía de mis manos. Las mujeres *honradas* no querían contaminar sus cuerpos con los vestidos cosidos por mí. ¡Cuántos días sin pan y con lágrimas he pasado! La miseria seguía llamando á mi puerta tenaz, insistente... No pude resistir más, pensé en mi hijo y... esta noche salí á vagar por las calles. Una caída más no haría más hondo mi precipicio.... Ahora... podéis exigir, tenéis un derecho que...

Y, al decir esto, la desdichada joven procuraba sonreír, mostrarse alegre, atractiva, á pesar de las lágrimas que humedecían sus ojos.

Confieso que por un momento la bestia que dormita en el fondo de todo hombre intentó rugir y dar un zarpazo... pero sólo fué una ráfaga, una llamarada interna... que se desvaneció enseguida.

De mis labios, en vez de galanteos, brotaron frases de consuelo, de esperanza, de conmiseracion. Sin darme cuenta de mi accion llevé la mano al bolsillo y deposité sobre la mesa el resto de los diez duros destinados para una *juerga*.

—Esto para Antoñito—dije, y me levanté.

Cuando salí de aquella casa un amanecer plomizo ahuyentaba las sombras nocturnas de la calle. Todavía resonaban á lo lejos los ecos destemplados de los panderos y cantares de voces aguardentosas. Un grupo de hombres y mujeres medio borrachos pasó por mi lado, armando infernal algarabía.

Llegué á mi casa, abrí la puerta del piso con sumo cuidado, y al atravesar de puntillas el pasillo vi asomar entre las vidrieras de su alcoba el rostro burlesco y malicioso á lo Rabelais de mi tío.

—¿Ya estás aquí, calavera? Se conoce que la bromita ha sido de órdago... Vamos, cuenta, ¿qué tal ha sido la orgía?

—La mejor de *mi vida*, tío; ha sido una orgía del alma, que también ella las tiene, como el cuerpo.

—Estás más borracho que un tudesco; luego hablaremos.

Al rumor de nuestra charla acudió mi madre.

—¡Gracias á Dios que has venido! ¡Jesús, qué cara y qué ojeras! Anda, hijo mío, vete á la cama. Si ya lo digo yo: tu tío con sus mimos será tu perdición. Me vais á matar á disgustos...

FRAY GERUNDIO.

LA APOTEOSIS

Dijo Echegaray, en uno de sus dramas, que «sabio que se asombra sabio perdido», y mucho me temo que á estas horas, si eso es verdad, hayamos perdido á uno de esos sabios con que nos damos tono por Europa, como los *bubis* de Fernando Póo se lo dan llevando un sombrero de copa que se les mete hasta las orejas.

Hé aquí una comparación que me satisface: Efectivamente, eso de los grandes sabios *sienta* á nuestra mentalidad nacional como el sombrero de copa á los guineos. Sólo que éstos cuidan mejor el sombrero que nosotros de los sabios de que disponemos para no ser borrados del mapa de Europa.

Decía que á estas horas ha debido asombrarse un sabio español: Cajal, y, por tanto, hemos debido perderlo, porque habrá tomado billete para... Marruecos aunque sea, al enterarse, de lo que yo me entero por un telegrama de EL DILUVIO, de la supresión de la cantidad asignada para el sostenimiento del Instituto de Bacteriología que ese Ramon dirigía.

La oportunidad de la supresión es maravillosa.

¿Qué es esto de la Histología?—se habrá dicho Navarrorreverter—. ¿Se puede monopolizar? ¿No? Pues suprimida la consignación, que aquí no estamos para pagar lujos... ajenos

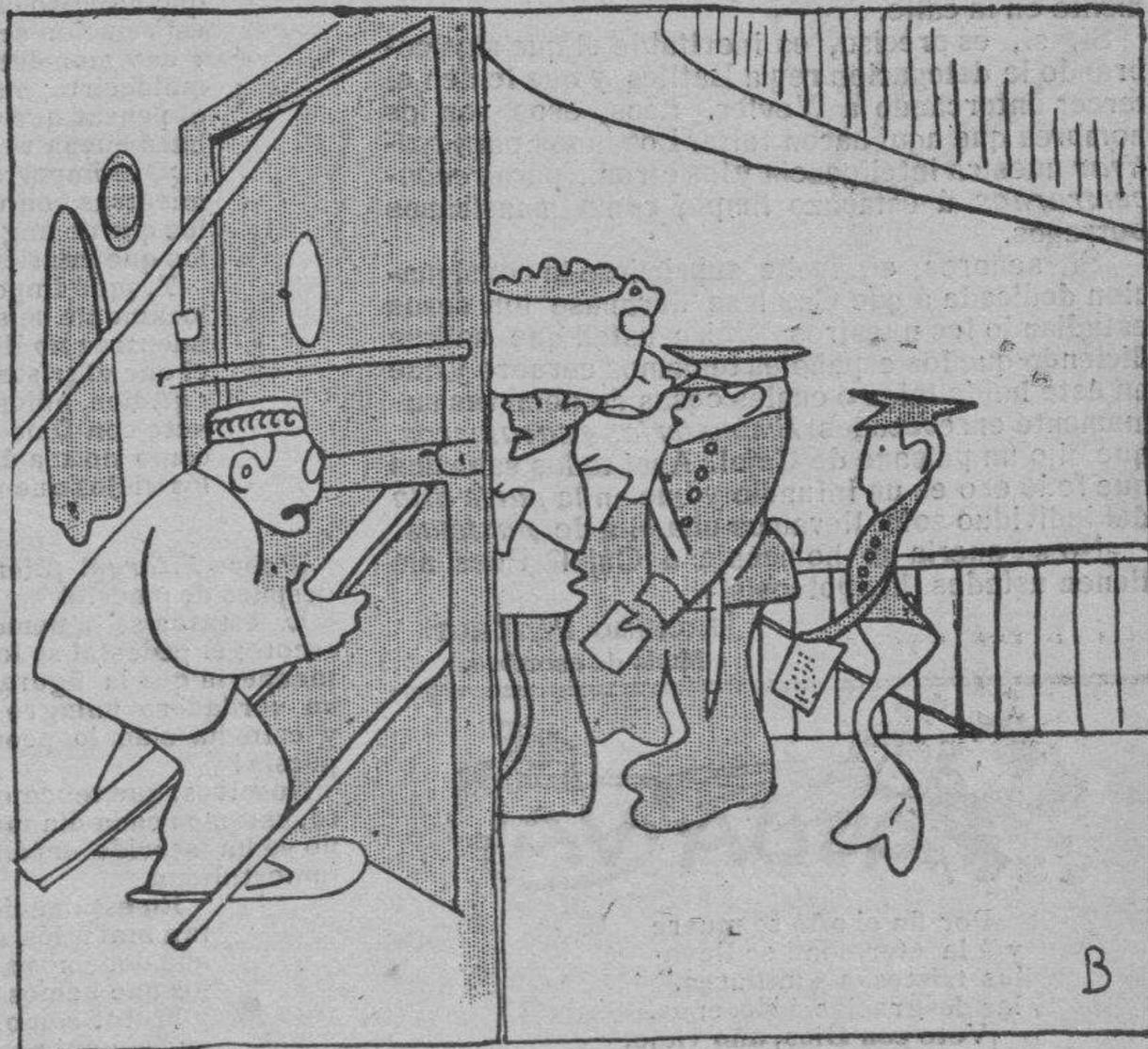
Y tiene razón. ¡Hombre! ¿qué nos importa el de qué se componen los nervios, si no usamos eso? ¿Qué necesidad hay de microscopios y zarandajas para saber lo que tenemos dentro de la cabeza? Un poco de humo de incensario y otro poco de engrudo. De algunos se asegura que tienen sesos; pero no se les conoce.

Además, ¿quién es Cajal? Un individuo á quien le han dado el premio Nobel. Bueno, pues ya tiene bastante; que se dedique al préstamo con usura y con los cien mil francos tiene bastante para vivir tan ricamente y hasta para llegar á senador vitalicio, y aun á ministro por horas.

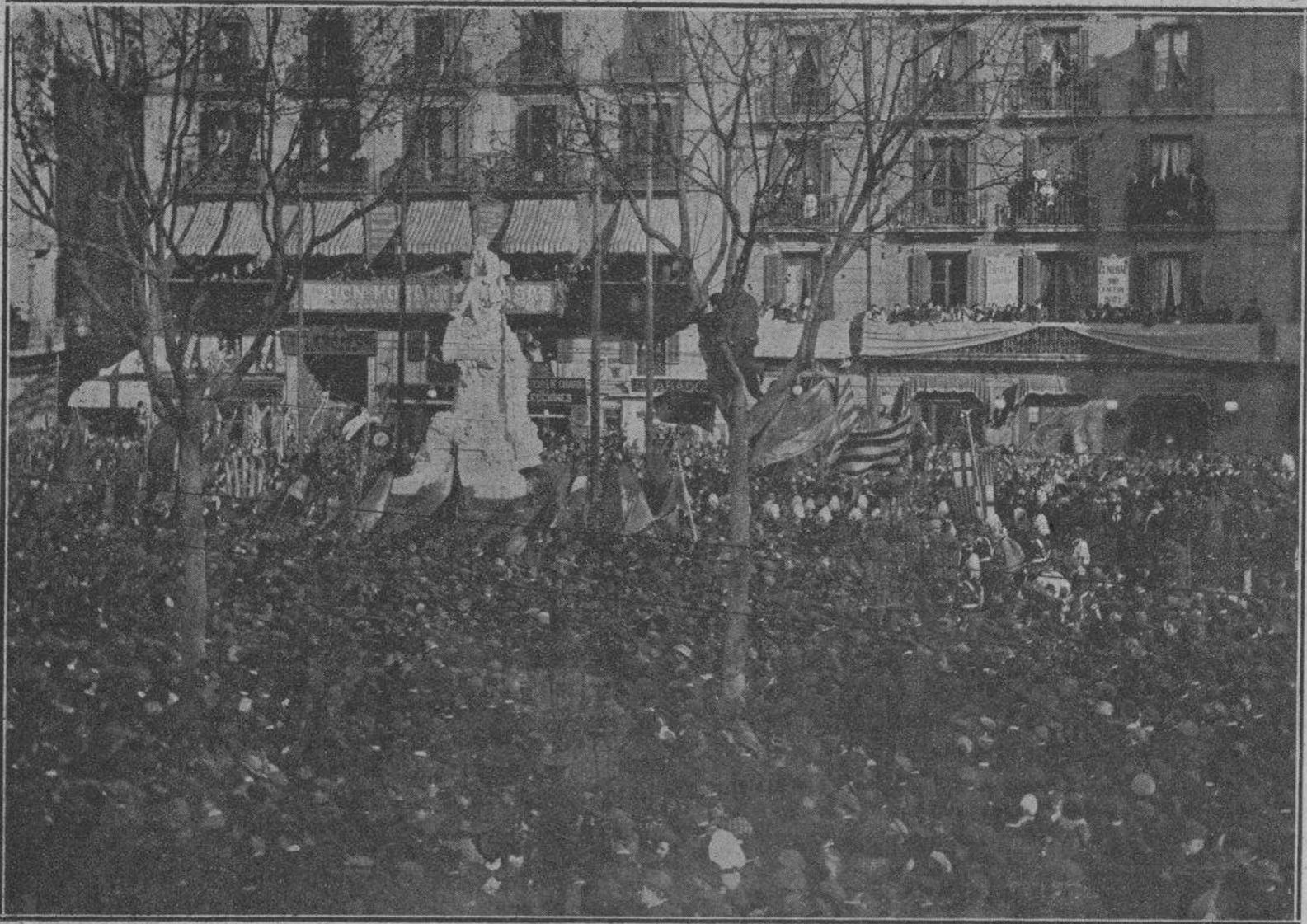
En el primer momento, al leer la noticia aludida, uno se indigna ligeramente y hasta piensa en que si fuera diputado propondría una enmienda; pero hay cosas que no tienen enmienda y la imbecilidad de los... imbéciles es una de ellas. ¿Para qué indignarse? Después de todo, Batllés, nuestro don Mariano Batllés, se ha hartado de decir «que aplastó, que trituró, que pulverizó» en unas oposiciones á Ramon y Cajal y ¡hasta en cierto modo, es verdad, porque á él, á Batllés, le dieron una cátedra que le disputaba Ramon y Cajal!

Por eso resulta de una lógica aplastante, triturante y pulverizante el que se sostenga en los presupuestos la consignación para el delegado regio de Instrucción pública que cobra Batllés y se suprima la del Instituto que dirige Cajal. Entre que cobre Batllés ó que estudie Cajal la elección no es dudosa. ¡Al fin Batllés es un ministerial y fué gobernador interino!

¡Ah! No me equivocaba cuando hace algún tiempo decía á ustedes en estas mismas columnas que en este país no se puede ser sabio. Ya lo ven us



¡Navidad, sálvese el que pueda!



Inauguración del monumento á Federico Soler (Pitarra) creador del Teatro Catalan.

tedes. Mientras hay ciudadanos que preparan un homenaje y que piden se ponga en algunas calles el nombre de Cajal, el Gobierno le pone bonitamente en la calle.

Sí, sí, es preciso, es inevitable el que siga cobrando la delegación regia Batllés y que le den el tercer entorchado á Weyler. Esos, esos son los hombres que aquí hacen falta. Los unos para *cultivar* nuestra inteligencia y los otros... para *reconcentrarnos* á estacazo limpio como mansísimos borregos.

Sí, señores, sí. Debe suprimirse la consignación dedicada á que Cajal se devanase los sesos estudiando los nuestros ¡Mire usted que salirse diciendo que los españoles teníamos cerebro y que en éste había tales ó cuales cosas de nombres sumamente enrevesados! *Embusterías y sacaíneros*, que dijo un paisano de Cajal. Aquí todos sabemos que todo eso es un infundio y que en la *parte alta* del individuo solo llevamos una olla de *pastetas*.

¿No se quería un homenaje á Cajal? Pues ahí tienen ustedes ¡la apoteosis!

JERÓNIMO PATUROT.
Mudo de asombro.



Por fin el año se muere
y á la eternidad se lleva
las tristezas á millares,
las desgracias á docenas.
¡Vete con Dios, año viejo,
vete con Dios y no vuelvas,
como no sea á llevarte!

los viejos que aquí nos dejás!

Al despedirte recuerdo
las muchísimas vergüenzas
que ha visto en tu semivida
esta nación semimuerta,
y hay momentos en que quiero
maldecirte; mas me aquieta
el pensar que el que te siga
hará buena tu torpeza.

¿Qué importa que tú sucumbas
mientras con vida se quedan
los que de engañarnos viven,
los que mintiéndonos medran?

Y, ¿qué importa que los años
locamente se sucedan,
mientras no llegue por fin
el que el triste pueblo espera?

¡Adios, adios, año viejo,
vete con Dios y no vuelvas
como no sea á llevarte
los viejos que aquí nos dejás!

¡Pobre Pitarra! ¡Bien nos hemos ensañado con él después de muerto!

La estatua se la hemos hecho á regañadientes y á escote; el pedestal se lo hemos construído con tanta tacañería que la figura del poeta está sobre él por un verdadero milagro de equilibrio, y, por último, y esto ha sido lo peor, ¡le hemos dedicado cada poesía!

Nosotros, que tenemos buen oído y mediano gusto, estamos cada día más contentos porque el Señor no se ha servido encaminarnos por la senda de la inmortalidad.

En esta nación tratamos
tan mal á los superhombres,
que debemos alegrarnos
los que hemos nacido torpes
y brutos como... (el lector
puede aquí poner los nombres
de los zoquetes más grandes
de los varios que conoce;

nosotros no hacemos lista por temor á hacerla enorme).

Memento no tiene suerte, aunque otra cosa digan los que saben lo bien que vive el expicador de toros desde que se metió en la policía.

Cuando empezaba *Memento* á hacer gemir á las prensas para cantar sus proezas como perseguidor de carlistas, viene la bomba de la Rambla á distraer la atención del público, y al que más y al que menos se le da una higa de los infundios del movedizo Ramirez.

Decididamente es hombre de mala pata.

En el proceso Casa Riera el cura Gouvert se ha deslizado como una aparición, sin impresionar al Jurado ni á los espectadores.

Los periódicos no han sabido prestar interés á ese personaje novelesco.

Cumple á los abogados defensores hacer la disección del ejemplar sacerdote.

Y de pasada podrán decir algo de otro tipo que está en la sombra y que trabaja por cuenta del marqués y sobre todo por cuenta propia.

Si ellos no aciertan á decirlo, tal vez otros podrán subsanar esta omisión imperdonable.

En justicia, debemos tributar un aplauso á *El Imparcial*, que ha hecho una cosa buena.

Ha roto con la tradicional costumbre española de desechar las obras mejores y atenerse á la hipocresía y á la torpeza como norma de la vida.

Nuestro colega madrileño inaugura una nueva sección literaria publicando el bellissimo artículo "Carta á un chino", por Leon Tolstoy. Así se trabaja en favor del ideal y de la justicia.

Los periódicos de por acá, que se precian de europeizados, pueden imitar ese ejemplo.

Por hoy se limitan á escribir para sus lectores considerándolos como chinos de la peor especie.

Con la captura del ejército de Moore las autoridades se han cubierto de gloria.

Si ese general se llamase Miles ó Shafter su prisión sería el desquite de las derrotas sufridas en las guerras coloniales.

Pocos saben que en la última guerra civil el carlista Moore obtuvo algunas ventajas sobre la columna de Weyler.

¡Es singular! La ciencia táctica lleva algunas veces á los vencedores á la Cárcel Modelo.

—Decididamente el alcalde que ahora tenemos es el mejor de todos.

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque no ha hecho cosa buena ni mala. No ha tenido tiempo todavía para demostrar que es peor que sus predecesores.



Segundo Concurso Extraordinario

Segun anunciamos, el día 24, á las once de la mañana, el notario de este Colegio don José Surribas Riera procedió en nuestras oficinas de la plaza Real á la apertura del paquete que contenía los talones remitidos por los que optaron á los premios del segundo concurso extraordinario

ofrecido á los suscritores por EL DILUVIO ILUSTRADO. Del acto se levantó el acta transcrita á continuación:

«Número novecientos ochenta y seis. En la ciudad de Barcelona á veinticuatro de Diciembre de mil novecientos seis.

Requerido yo, don José Surribas y Riera, abogado, notario del Ilustre Colegio del territorio de la Audiencia de Barcelona, con residencia en la capital, por don Manuel de Lasarte y Arán, mayor de veinticinco años, casado, del comercio y de esta vecindad, provisto de cédula personal de clase cuarta de fecha veintiuno del último Junio

Los favorecidos por la suerte



y de número cuatrocientos once, obrando en su calidad de propietario del diario EL DILUVIO, siendo las once de esta mañana me he constituido en el local donde está instalada la Administración de dicho diario, ó sea en los bajos de la casa número siete de la plaza Real, y he procedido á la apertura del paquete que por dicho señor me fué entregado á las cinco de la tarde del día veintiuno de los corrientes, en el que se contenían los talones enviados por diversos suscritores de dicho diario al segundo concurso extraordinario optan

Los números premiados

Segundo Concurso Extraordinario

PREMIOS

Un gramófono, un reloj de oro y un grupo escultórico

Núm. 34,748

Nombre Valero Aguas

Domicilio Calle de la Princesa

n.º 1 Taberna Hostafranchs

Segundo Concurso Extraordinario

PREMIOS

Un gramófono, un reloj de oro y un grupo escultórico

Núm. 39,559

Nombre Miguel Ayats

Domicilio Calle de San Jacinto

n.º 7 Font de la Gotlla Hostafranchs

Segundo Concurso Extraordinario

PREMIOS

Un gramófono, un reloj de oro y un grupo escultórico

Núm. 39,559

Nombre José García

Domicilio Bilbao Edif. 1.º

San Martín Clot

Segundo Concurso Extraordinario

PREMIOS

Un gramófono, un reloj de oro y un grupo escultórico

Núm. 9020

Nombre Felipe Lopez

Domicilio Calle de Rosal 82-1.º

do á los premios ofrecidos, ó sea un gramófono, un reloj de oro y un grupo escultórico, correspondientes á los números treinta y cuatro mil setecientos cuarenta y seis, treinta y nueve mil quinientos sesenta y nueve mil diez y seis, premiados con las suertes primera, segunda y tercera de la Lotería Nacional del día veintidos de los corrientes.

Del examen de los referidos talones ha resultado que el número más próximo al del número de la primera suerte es el treinta y cuatro mil setecientos cuarenta y ocho, enviado por don Valero Aguas, domiciliado en la calle de la Princesa, número uno, taberna, del barrio de Hostafranchs; que el más próximo de la segunda suerte es el treinta y nueve mil quinientos cincuenta y nueve, mandado por los señores don Miguel Ayats, domiciliado en la calle de San Jacinto, número 7, Font de la Gotlla, del barrio de Hostafranchs, y don José García, domiciliado en la calle de Bilbao, número diez, piso primero, del barrio del Clot, de San Martín de Provensals, y que el número más próximo al de la tercera suerte es el nueve mil veinte, enviado por don Felipe Lopez, domiciliado en la calle de Rosal, número ochenta y dos, piso primero.

Facsimil de los recibos

Se recibió del Administrador de "El Diluvio" el grupo escultórico en bronce ofrecido como tercer premio en el concurso de "El Diluvio Ilustrado"

Barcelona 24 Diciembre 1906.

Felipe Lopez

Hemos recibido del Administrador de "El Diluvio" el reloj de oro ofrecido como segundo premio del Concurso extraordinario abierto por "El Diluvio Ilustrado"

Barcelona 24 Diciembre 1906.

José García P. O.
Miguel Ayats.

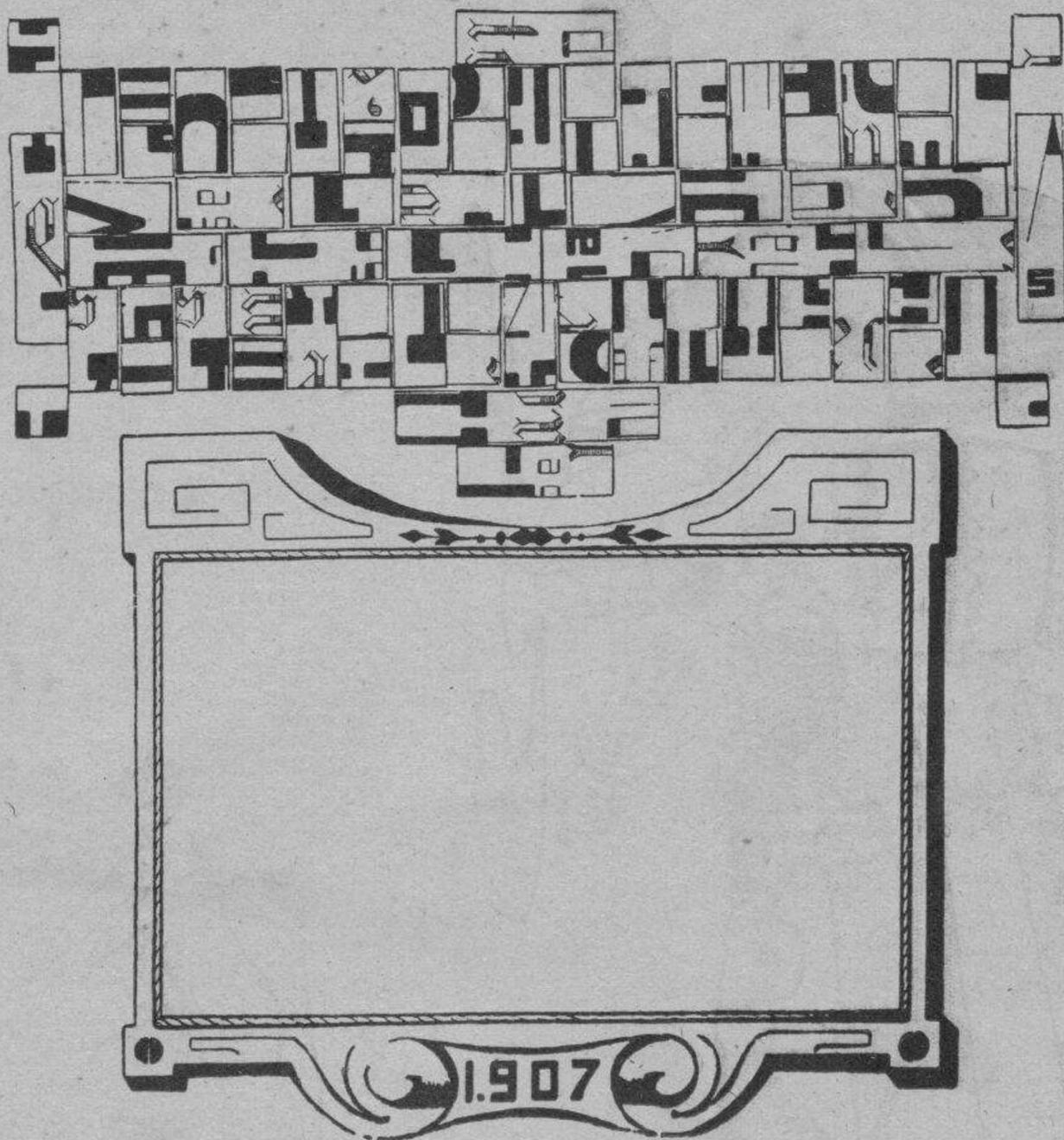
En su virtud, se adjudica el primer premio, consistente en un gramófono, á don Valero Aguas; el segundo premio, consistente en un reloj de oro, á los señores don Miguel Ayats y don José García, y el tercer premio, consistente en un grupo escultórico, á don Felipe Lopez.

De todo lo cual levanto la presente acta, que firma el señor requirente junto con los testigos don Juan Abad y Palou y don Juan Alier y Vilaredas, ambos de esta vecindad, á todos los que la he leído íntegra, advertidos de su derecho para leerla. Del conocimiento del requirente y de lo contenido en este instrumento público, yo, el notario, doy fe.—Manuel de Lasarte, Juan Abad, Juan Alier.—Signado, Jose Surribas; rubricado.»

Por no habérsenos entregado á tiempo no hemos podido publicar el retrato de Valero Aguas, que obtuvo el gramófono; el de José García, uno de los favorecidos con el reloj, y el recibo que el primero suscribió al poner nosotros á su disposición el valioso premio.

★ **QUEBRADEROS DE CABEZA** ★

Rompe cabezas con premio de libros



Las setenta y cuatro figuras irregulares que preceden al marco encuádranse dentro de él, de manera que se lea el nombre y apellidos del autor y un deseo del mismo

Charada con premio de libros

(De Segundo Toque)

—Eudaldo, ¿podré saber dónde está la *dos tercera*?
No tengo de ella *dos cuarta*.
—Está en *todo*, Filomena, y *prima dos tres* muy pronto, según me dice Quiteria.

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

(De Miguel Ferrer Dalmau)

NOTA DA DA

(De Felipe Ubach)

NOTA Artículo TOS

SOLUCIONES

(Correspondientes a los quebraderos de cabeza del 15 de Diciembre)

AL PROBLEMA

18 años

AL JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Similar

A LAS CHARADAS

Leonila
Timolao

Han remitido soluciones.—Al problema: José Bastús, Mariano Aguilera y Rómulo Despi.

Al jeroglífico comprimido: María Miller, Antonia Antich, José Prats Serra, Ramon Batlles, Joaquín Torrens, E. Canari y Felipe Ubach.

A la primera charada: Antonia Antich, José Prats Serra, Joaquín Torrens y Ramon Batlles.

A la charada segunda: Jacinto A. Roviroso y José Prats Serra.

B



LAS VIRTUDES EN ACCION. - Contra ira, templanza y tragar saliva.